

hacerlo. Algunos días, al caer la tarde, conversaba con el hijo de los Arruga, que se pasaba todo el día en el campo pastoreando a las cabras y no podía acudir a la catequesis. Con él tuvo esa conversación que le removió y que refirió muchas veces. En un determinado momento, san Josemaría le preguntó: “Si fueras rico, muy rico, ¿qué te gustaría hacer?”, a lo que el muchacho repuso: “¿Qué es ser rico?”. Después de escuchar la contestación que, con lenguaje sencillo, le dio san Josemaría, al muchacho se le iluminaron los ojos y exclamó: “Me comería ¡cada plato de sopas con vino!...”. San Josemaría al oír la respuesta, se quedó muy serio pensando para sus adentros: “Josemaría, está hablando el Espíritu Santo”. Porque todas las ambiciones de este mundo, por grandes que sean, no pasan de ser un prosaico plato de sopas, nada que valga realmente la pena (cfr. AVP, I, p. 206).

San Josemaría cesó en su cargo el 18 de mayo de 1925, al día siguiente de la entrada en la archidiócesis de su nuevo titular, Rigoberto Doménech, sucesor del cardenal Soldevilla. Durante las siete semanas que estuvo en Perdiguera se produjeron una defunción y cuatro bautizos. Su estancia fue breve, pero dejó una honda huella. A día de hoy, ocupa un lugar destacado en la página web de su Ayuntamiento, como personaje célebre.

Bibliografía: AVP, I, p. 206; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976; John F. COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002.

Javier FERRER ORTIZ

PERÚ

1. Inicios y desarrollo de la labor apostólica.
2. En el Perú y desde el Perú.

El fundador del Opus Dei tuvo ocasión de oír hablar del Perú, siendo muy niño: aprendió a leer en un libro que relataba una historia que transcurría en Jauja, lugar del Perú en el que todo era fácil, grato y sin dificultades; según la leyenda, allí “los perros se ataban con longanizas”. Durante su estancia en Lima, en 1974, comentó al ingeniero Fernando Lira: “Yo me encuentro muy contento en el Perú, muy feliz de estar entre vosotros. Desde muy joven admiraba al Perú, pues cuando se quería decir que algo era muy bueno, yo oía: ¡vale un Perú! Y esto lo he comprobado al venir aquí” (*Catequesis en América*, II, 1974, p. 349: AGP, Biblioteca, P04). Años antes, en una carta suya escrita en Segovia, en 1948, contaba a sus hijos de Roma sus peripecias de un viaje a Coimbra que acababa de realizar: “Como aún no hemos podido comprar muebles, nos sentamos en el suelo –¡cómo tantas veces!: bendita pobreza– y charlamos y cantamos y reímos. Vuestros hermanos portugueses valen un Perú” (AVP, III, p. 116).

Conocía bien a los peruanos, y los ayudaba: “Los peruanos os llenáis de rubor para alabar a vuestro país, y no os atrevéis. Pero el Perú tiene cosas maravillosas. Vuestros antepasados han hecho mucho por la cultura. Debéis volver la vista hacia atrás, y observar las obras anteriores; luego, mirad adelante, y seguid ayudando al desarrollo de esa cultura”. Y añadía que el Perú es como un campo maravilloso que, cuando se toma un pedazo de tierra y se trabaja, pronto se convierte en un vergel espléndido. “Por eso cuando yo era niño y había algo muy bueno se decía: ¡esto vale un Perú!” (*Catequesis en América*, II, 1974, p. 350: AGP, Biblioteca, P04).

1. Inicios y desarrollo de la labor apostólica

Perú es un país con atractivo debido a su historia y a sus riquezas naturales, especialmente las ruinas pre-incas e incas provenientes del imperio del Tahuantinsuyo. El imperio incaico tuvo una enorme extensión geográfica y sus ricas minas de oro le otorgaron también un gran valor. Más tarde, durante la época colonial se enriqueció con el aporte hispánico. Hoy en día las ciudades peruanas destacan por ese mestizaje cultural que se ha manifestado especialmente en el arte religioso.

Por encargo de san Josemaría, en los primeros meses de 1948 don Pedro Casciari y otros dos miembros del Opus Dei viajaron a Perú, como parte de un recorrido por varios países de América para estudiar las posibilidades de comenzar la labor apostólica en esos lugares.

La llegada de los primeros de la Obra a Perú tiene una fecha exacta: 9 de julio de 1953. Detrás de esa fecha se daban una serie de acontecimientos, algunos de los cuales pueden ubicarse en 1950, declarado Año Santo en la Iglesia. Con ese motivo el cardenal Guevara, arzobispo de Lima, viajó a Roma, donde conoció a san Josemaría en la Embajada del Perú ante la Santa Sede, y le pidió que la Obra se estableciera en su país. También lo hizo ese mismo año el arzobispo de Arequipa, Mons. Rodríguez Ballón.

San Josemaría rezó durante años por la labor apostólica que realizarían sus hijos en todo el mundo, algo que se pudo cumplir con especial intensidad a partir de la década de los años cincuenta. “Después de haberse establecido [la Obra] en 1951 en Colombia y Venezuela y, al año siguiente, en Alemania, la expansión continuó por Perú y Guatemala en 1953; Ecuador en 1954; Suiza y Uruguay en 1956; Austria, Brasil y Canadá en 1957; El Salvador, Kenia y Japón en 1958; Costa Rica en 1959; meses más tarde, Holanda...” (AVP, III, p. 353). Comenzar en el Perú no fue, pues, un

hecho aislado, sino un jalón más del deseo de llegar a todas las gentes.

En septiembre de 1950, Luis Sánchez Moreno Lira, un joven abogado arequipeño –quien años más tarde llegó a ser arzobispo de Arequipa– obtuvo una beca de estudios en España. Ahí conoció la Obra y pidió la admisión el 8 de diciembre en Madrid. Fue el primer peruano. En 1951, Javier Cheesman, que estudiaba entonces Lengua y Literatura en la Universidad de San Marcos de Lima, viajó a España con una beca para seguir un curso en La Rábida (Huelva), conoció el Opus Dei y pidió la admisión en Sevilla.

Otra persona que conoció el Opus Dei a principios de la década de los cincuenta fue el historiador José Agustín de la Puente, quien viajó a Europa y visitó varias ciudades españolas, y estuvo en algunos colegios mayores y residencias universitarias promovidas por el Opus Dei. En Sevilla coincidió con el historiador Vicente Rodríguez Casado y surgió el deseo de que la Obra pudiera impulsar en Lima algunos centros universitarios similares. Hacia el mes de noviembre de 1952, Vicente Rodríguez Casado viajó a Lima para asistir a un congreso convocado por la Universidad de San Marcos. Tuvo la oportunidad de ver de nuevo a José Agustín de la Puente, quien ofreció donar el terreno para la primera residencia y costear buena parte de su construcción.

La llegada a Perú era inminente. Finalmente se decidió el viaje de don Manuel Botas acompañado por Vicente Rodríguez Casado, quien estaría allí poco tiempo, el necesario para presentar a Manuel Botas, ya que estaba invitado también para dictar algunas conferencias en Venezuela, Colombia y Ecuador. Se fueron a Perú con la bendición de san Josemaría, algunos objetos litúrgicos y el equivalente a cinco dólares en los bolsillos. Salieron de España el 20 de junio de 1953. Llegaron a Lima el 9 de julio. En el camino habían conseguido algún dinero con las conferencias dictadas,

pero viendo que el dinero que llevaban no alcanzaba para casi nada, decidieron enviarlo todo a Roma, donde se vivía el apuro del pago de la construcción de Villa Tevere.

Un piso en la calle Washington fue el primer lugar donde se instalaron. Al poco tiempo Rodríguez Casado regresó a España para llegar al comienzo del curso en La Rábida (Huelva). El 1 de septiembre regresó a Lima Luis Sánchez Moreno, pasando antes por Roma para estar con san Josemaría. Describe su despedida del fundador: “En Roma me dio, con detenimiento y cariño, consejos muy acertados, junto con su bendición, una imagen de la Virgen y un crucifijo” (AVP, III, p. 324). Meses después, en enero de 1954, don Antonio Torrella y Javier Cheesman completaron el grupo; llegaron a un nuevo Centro en el cuarto piso de la calle La Colmena, donde se recibió a mucha gente.

El 23 de marzo de 1954 san Josemaría escribió a don Manuel Botas para que fuera preparando el inicio de la labor de mujeres en Perú: “Preparadme la fundación ahí de la Sección Femenina cuanto antes. Para eso convendrá que haya vocaciones, antes de que vayan las chicas”; y el 21 de abril insiste: “Trabaja con señoras y chicas, para preparar la marcha de vuestras hermanas”. Don Manuel recordaba que san Josemaría le dijo: “Para que vayan ellas, tenéis que comprarles casa y pagarla. Que vosotros paséis agobios económicos, bueno; pero ellas, no”.

Hicieron especial amistad con Enrique e Isabel Cipriani, quienes desde el primer momento fueron incondicionales. Isabel y un grupo de amigas encontraron una casa que reunía las condiciones para ser el primer Centro de mujeres; estaba en Miraflores, cerca del mar. Para pagarla, los Cipriani vendieron su departamento de veraneo, y con ese dinero compraron la casa al contado; pero, ante el apremio económico de las obras de Villa Tevere, consideraron que era mejor que el dinero se enviara a Roma. La compra se efectuó bajo la hipoteca de

la propia casa. San Josemaría escribió al Perú en 1954: “Contento por el empeño que ponéis en ayudar al Colegio Romano de la Santa Cruz; ¡ojalá encontrarais la persona providencial, que fuera instrumento para poder terminar estas casas rápidamente! No imagináis cuanto sufrimiento en estos seis años” (AVP, III, p. 214).

El 24 de noviembre de 1954 llegaron las primeras mujeres a Perú; dos de las que viajaron habían pasado por Roma. Una de ellas, María Antonia Acinas, escribía entonces: “el Padre nos habla de nuestra marcha, de sentirnos peruanas, de la alegría de ir a Perú para vivir y morir en aquel país...”. La casa ya se había comprado pero no podía habitarse hasta después de seis meses, así que se fueron a vivir al departamento de veraneo de los Cipriani en Ancón, a treinta y cinco kilómetros de Lima y a otros alojamientos provisionales: tres meses en un departamento en Lima, en una casa pequeña en Miraflores y, finalmente en la calle Venecia, 146 –la casa comprada pendiente de pago– donde pronto empezó a funcionar la Escuela-Hogar Montemar.

Más adelante, en 1963 se comenzó Condoray, labor destinada a mejorar el trabajo profesional de las mujeres rurales, y otras actividades destinadas al campo. En marzo de 1955 el fundador escribió a don Manuel Botas: “Veo que trabajáis mucho y que necesitáis refuerzos: ya llegarán cuanto antes sea posible. El Señor os bendice en grande (...). Di a las chicas que las recuerdo y las encomiendo siempre, y que estamos pensando –la Asesoría Central conmigo– (...) que puedan ir pronto al Perú. ¿Cómo van las vocaciones?” (AGP, serie A.3.4, 267-1, 550306-9). Ese mismo año pidieron la admisión Isabel Cipriani y Tere Truel.

A partir de entonces empezó la expansión tanto de varones como de mujeres; a la muerte de Mons. Escrivá había Centros desde 1963 en Cañete –sede de la Prelatura de Yauyos que la Santa Sede había con-

fiado al Opus Dei– y en Chiclayo –donde Luis Sánchez Moreno era obispo auxiliar–, y desde 1969 en Piura, lugar en el que empezaba sus primeros pasos la Universidad de Piura, obra de apostolado corporativo del Opus Dei.

2. En Perú y desde Perú

En 1974 el fundador del Opus Dei visitó el Perú. El viaje tenía como objetivo confirmar en la fe a sus hijos y orientar a muchas otras personas con la doctrina cristiana: el amor a Jesucristo y a los sacramentos; la necesidad de formarse bien y de no dejarse llevar por errores como la llamada teología de la liberación; y el recurso a la Virgen como protectora de la vida cristiana. Desde que el avión se acercaba a tierra americana repitió con frecuencia la jaculatoria *Regina Americae, ora pro nobis!*

El 9 de julio llegó a Lima. Se cumplían veintiún años de la llegada de las primeras personas de la Obra al Perú. San Josemaría se encontró con un ramo de veintiún rosas rojas, que representaban la mayoría de edad –según el cómputo entonces vigente– de la Obra en el Perú. Ese día san Josemaría comenzó una intensa catequesis, que consistió en reuniones o encuentros familiares –tertulias– con grupos muy diversos de personas. También recibió a algunas familias. En esos encuentros fue explicando temas esenciales de la fe y de la vida cristiana. Estuvo también en Cañete, donde visitó Condoray y la Academia San José, donde vivían y cursaban estudios los seminaristas de la Prelatura de Yauyos. Luego siguió a Lima, donde, en el jardín de la Residencia de estudiantes Miralba, tuvo lugar un encuentro con más de mil quinientas personas.

El día 12 de julio mantuvo una reunión con sacerdotes entre los que se encontraban un buen grupo de sacerdotes de la Prelatura de Yauyos. Antes de empezar quiso besar las manos de todos y que le dieran su bendición. Años atrás, al hacerse cargo la Obra de ese trabajo en los Andes

peruanos, san Josemaría ya les hablaba de soñar con abundantes vocaciones de clero nativo que ahora son una realidad. “¿Qué os voy a decir en este rato de conversación? (...). Unas palabras de Isaías, que se me vienen del corazón a la boca: *quoniam bene!*, ¡que lo habéis hecho muy bien todo!” (SASTRE, 1991, p. 572).

Estos encuentros fueron para san Josemaría motivo de gran alegría, pero también ocasión de entrega, ya que reclamaban de él un gran esfuerzo físico; se encontraba afectado por una epidemia de gripe que había entonces en Lima, lo que, unido a los desplazamientos que tuvo que hacer, le produjo un gran desgaste. De hecho, tuvo que suspender los encuentros y guardar cama varios días, con el gran dolor de no poder celebrar la santa Misa. Apenas algo repuesto, pero no del todo, tuvo una última gran tertulia en la casa de retiros de Chosica, cerca de Lima, con más de tres mil personas. El 1 de agosto dejó el Perú.

Como sucediera en otros países, san Josemaría pudo ver de cerca los frutos que se habían dado en esos años en el país. La Obra estaba enraizada en Lima, Cañete, Chiclayo y Piura; y contaba con numerosos instrumentos apostólicos: residencias universitarias; Valle Grande y Condoray, destinados a tareas de formación rural; y la Universidad de Piura, que se abría paso en medio del desierto.

Repetió varias veces que debían trabajar “en el Perú y desde el Perú”, añadiendo: “Y el Señor, que es el Sembrador Divino –recordáis la parábola–, os toma en sus manos sangrantes como dos puñados de trigo, os aprieta y os echa al aire para esparciros por toda la tierra. Sois bendición del Señor. Sois fecundidad del Señor y, con su ayuda, lo podéis todo” (*Catequesis en América*, II, 1974, p. 344: AGP, Biblioteca, P04). En otro momento señaló: “Esta tierra vuestra, de sentimientos cristianos tan arraigados, es un pueblo que merece todo el cariño y todo el sacrificio gustoso de parte vuestra y mía. Y no os conformaréis con

Perú. ¡Hay que salir! Necesito muchas hijas peruanas para servir al Señor en otros lugares del mundo” (*Catequesis en América*, II, 1974, p. 344: AGP, Biblioteca, P04).

En ese tiempo, san Josemaría predicó con generosidad la Palabra de Dios, y el espíritu del Opus Dei. El 25 de Julio en Lima, al terminar agotado una tertulia, con 39° de fiebre, comentó: “el Señor hará en vuestros corazones lo que yo no he sabido hacer: que os confirméis en el convencimiento de que el Opus Dei se hace con oración, con sacrificio, con trabajo; con la alegría que reina en los hogares cristianos; con el amor de los esposos; con la devoción, con la piedad filial. (...) Si os he dejado eso dentro, no hemos perdido el tiempo” (*Catequesis en América*, II, 1974, p. 373: AGP, Biblioteca, P04).

Ya al final de los años cincuenta, desde Perú, varios fieles de la Prelatura habían ido a trabajar en Estados Unidos y a comenzar en Francia; años más tarde fueron a Australia y Japón; y después de la muerte de san Josemaría, al sudeste asiático, Polonia, Kazajstán, Estonia, India, Ecuador, Letonia, Canadá, Costa de Marfil y Camerún.

Voces relacionadas: Catequesis, Labor y viajes de; Universidad de Piura; Yauyos, Prelatura de.

Bibliografía: AVP, III, pp. 387-391; Enrique PELACH, *Abancay. Un obispo en los Andes peruanos*, Madrid, Rialp, 2005; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1991⁴; Samuel VALERO, *Yauyos. Una aventura evangelizadora en los Andes peruanos*, Madrid, Rialp, 2003⁴.

Marisa AGUIRRE NIETO

PIEDAD

1. Fundamento de la piedad. 2. Características. 3. Piedad, doctrina y apostolado. 4. Vida ordinaria y normas de piedad.

La piedad es una virtud, parte potencial de la justicia, que lleva a tributar el culto debido a aquellos de quienes somos deudores, pues son principio de nuestro ser y gobierno: Dios, los padres, la patria o la Iglesia (cfr. S.Th., II-II, q. 101). A todos ellos les debemos, en efecto, el homenaje de nuestro amor, respeto y sumisión.

San Josemaría entendió muy bien que la piedad, especialmente cuando se refiere a Dios, es una virtud de alcance universal: “es una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos” (AD, 146). En otro lugar dice algo parecido presentando la piedad como una “mentalidad” (AD, 144). Con el término “mentalidad” parece referirse a lo que podríamos llamar la estructura mental de una persona, a sus características intelectuales, a su modo de pensar, de ver, de juzgar, de sentir el mundo y las cosas. La piedad, pues, tal como la concibe san Josemaría, es algo permanente, estable, arraigado en el alma y que, por lo mismo, afecta a toda la persona.

1. Fundamento de la piedad

La piedad se asienta, tiene su fuente y fundamento en la filiación divina, nace de ella (cfr. AD, 146), de la conciencia de quien vive y saborea su condición de hijo de Dios. “La vida de oración y de penitencia, y la consideración de nuestra filiación divina, nos transforman en cristianos profundamente piadosos” (ECP, 10). Por eso, san Josemaría habla frecuentemente de “piedad filial” (AD, 167). “La piedad es la virtud de los hijos y para que el niño pueda confiarse en los brazos de su padre, ha de ser y sentirse pequeño y necesitado” (ECP, 10). Si la piedad brota de la conciencia de

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.